

saberlo Maximiliano, corrió con Miramon y Mejía a la plaza principal de la ciudad, y convenciéndose de la imposibilidad de hacer resistencia, entregóse a sus enemigos.

Ni Maximiliano ni el mundo se hicieron ilusiones sobre la suerte que le esperaba. Fué en vano que los Estados Unidos y las potencias europeas se interesaran por él. El mismo Maximiliano solicitó, sin resultado, una entrevista con Juárez y también le suplicó por escrito que se contentaran con su sangre, dejando libres a Miramon y Mejía. Un consejo de guerra condenó a los tres a muerte, principalmente en atención al decreto del 3 de octubre de 1865, y el 19 de junio fué ejecutada la sentencia en Querétaro. El cadáver de Maximiliano fué entregado al emperador de Austria a su solicitud y llevado a Austria por la fragata *Novara*, que tres años antes había conducido a los nuevos emperadores a Méjico. Los restos mortales de Maximiliano fueron depositados el 18 de enero de 1868 en la iglesia de los Capuchinos de Viena.

Para Napoleón fué un golpe igualmente duro el fin trágico de su protegido y el mal éxito de toda la empresa. Tuvo que reconocer en su interior que ninguno de sus propósitos había salido conforme a su deseo. Ni siquiera había conseguido el pago de las reclamaciones que habían dado pretexto para la guerra. Hasta la caída del imperio molestó Jecker al gobierno con sus reclamaciones y con amenazas de revelar la participación de Morny y de otros hombres de Estado en este negocio. Al propio tiempo los empréstitos mejicanos realizados bajo la protección del gobierno francés, habían costado al país grandes capitales, y además se habían gastado en la expedición trescientos millones. Peores resultados había obtenido el emperador en sus propósitos políticos y mercantiles, pues ni había conseguido encauzar el creciente poder de los Estados Unidos ni robustecer la raza neo-latina en América, ni menos dar a la Francia en aquella parte del mundo una influencia preponderante. La exportación francesa a Méjico, que durante algún tiempo se había aumentado, disminuyó ya en 1866 y acabó por amenazar con su completa extinción. ¡Cuán lejos estaba el tiempo en que Rouher había visto en esta expedición el pensamiento mas grande del imperio! ¡Y cuán justificada pareció la oposición que constantemente había censurado la empresa, y que por lo mismo había sido tratada como enemiga malévol! Por supuesto también la oposición había incurrido en exageraciones é interpretaciones erróneas, como cuando declaró por única causa de la política pacífica de Napoleón en 1866 la debilidad del ejército francés por causa de la expedición mejicana. El ministro de la Guerra de Francia, Randon, seguramente tuvo razón cuando dijo en su defensa, escrita en 1867 y publicada en octubre de 1870, que una disminución de treinta mil hombres poco mas ó menos (fueron solo 28,693 los que en treinta buques regresaron de Méjico en la primavera de 1867) no podía haber imposibilitado al ejército francés de emprender otra guerra, y que solo se habían enviado cuarenta y ocho cañones cuando la Francia poseía en total veinte mil. Por lo demás habían sido tropas escogidas las empleadas en la expedición de Méjico, sacadas de todos los cuerpos, por cuya razón siempre disminuyeron el mérito militar; y luego resultó el peligro de que en cualquiera complicación europea los Estados Unidos tomaran una actitud hostil y se suscitara una guerra de importancia incalculable. En efecto, durante algún tiempo meditó Napoleón proyectos ofensivos, y cuando menos estaba dispuesto a arrostrar las consecuencias que pudiera ofrecer el reconocimiento de la confederación del Sur, a la cual favoreció constantemente hasta el punto de comunicar por medio de Mocquard á Slidell, agente de los confederados en París, un despacho inter-

ceptado dirigido por el embajador de los Estados Unidos en Londres a su colega en la capital francesa. Esto sucedió en abril de 1863, cuando el interés de Napoleón por los planes americanos empezaba ya a amortiguarse en vista de la posibilidad de las grandes complicaciones europeas a que podía dar lugar la sublevación de Polonia. En el resto del año se esforzó visiblemente en reducir las esperanzas exageradas de la confederación del Sur, que él mismo había despertado y alentado; y hasta prohibió a exigencias del gobierno de la Union la entrega a la confederación del Sur de los buques construidos por Arman con permiso suyo. Al leer las reconvenções que el ministro de Negocios extranjeros de la confederación hizo a la política francesa en un despacho dirigido á Slidell en 20 de setiembre de 1864, no se puede menos de creer que el emperador de los franceses fué el mejor amigo que tuvo la Union, y sin embargo, precisamente en aquel tiempo meditaba Napoleón el proyecto de reconocer la confederación en caso de que el general Lee consiguiera apoderarse de Washington, cosa que consideró muy segura. Los triunfos decisivos que alcanzaron las armas del Norte desvanecieron estos proyectos para siempre, y cuando la Union recobró rápidamente sus fuerzas, después del derrumbamiento de la confederación, Napoleón temió la posibilidad de un conflicto militar con los Estados Unidos, temor que paralizó su libertad de acción en la política europea. Así puede explicarse acaso la solicitud seguramente prudente, pero de todos modos vergonzosa, que mostró Napoleón por acceder a los deseos de los Estados Unidos respecto de Méjico, sin esperar que aquella potencia los expresara siquiera, y así abandonó al infortunado Maximiliano.

Aunque a este precio consiguió apartar las consecuencias mas amenazadoras de su política americana, fué siempre evidente que había perdido en el transcurso de su empresa y principalmente por ella la preponderancia política que antes había tenido en Europa, y que en adelante, en el caso mas favorable, tenía que compartirla con el gran hombre de Estado que en estos años se había elevado en Alemania. Lo peor para Napoleón no fué solamente la disminución del poder relativo de la Francia, consecuencia inevitable de la constitución de la confederación alemana del Norte, sino el hecho indudable de que su crédito personal había disminuído en el concepto general del mundo. La sabiduría política insondable que se le había atribuído durante una serie de años, se había estrellado miserablemente en Méjico; sus disposiciones indecisas y su retirada final, habían dejado mal parada su fama de hombre consecuente y enérgico en sus planes; y la ya menguada confianza que inspiraban sus palabras, había quedado destruída completamente por la manera con que había tratado a Maximiliano. Triunfos extraordinarios en su política europea habrían podido debilitar y aun borrar estas impresiones, si no ante la historia, por lo menos ante sus contemporáneos; pero desde el año 1863 no obtuvo ya ninguno de estos triunfos. En nada fué ya feliz; y cuando después del primer fracaso sensible en el asunto de Polonia, quiso hacer olvidar la derrota por medio de un paso enérgico invitando a las potencias a un congreso en París, como hemos dicho al hablar del asunto polaco, tuvo que conocer que ya no tenía como antes en sus manos los hilos de la política.

CAPITULO XII

OSCILACIONES DE LA POLÍTICA EUROPEA

«Los tratados de 1815 ya no existen. La fuerza de los sucesos los ha derribado ó está ocupada en derribarlos. Casi

en todas partes han quedado infringidos: en Grecia, en Bélgica, en Francia, en Italia y en el Danubio. La Alemania se agita para modificarlos; Inglaterra los ha modificado ya cediendo magnánimamente las islas Jónicas; la Rusia los pisotea en Varsovia. En medio de esta descomposición paulatina del tratado que estableció los fundamentos del equilibrio de Europa, se inflaman las pasiones excesivamente, y en el Sur como en el Norte piden solución poderosos intereses. ¿Qué hay, pues, mas justificado y mas racional que

invitar a las potencias europeas a un congreso en el cual desaparecieran el amor propio y la resistencia ante un areópago supremo?»

En estos términos anunció Napoleón al mundo en su discurso del trono del 5 de noviembre de 1863, su invitación al congreso, enviada el día antes a las diferentes potencias. A continuación expuso difusamente la necesidad de disminuir los insostenibles gastos que ocasionaban los ejércitos, la confianza en una paz duradera, el desaliento de los partidos



La gran sala del palacio imperial de Méjico (según fotografía)

revolucionarios; en fin, pintó como fruto de su proposición un estado de cosas capaz de satisfacer los intereses bien entendidos de los soberanos y de los pueblos, y poco faltó para que fundase su esperanza de ver aceptada por todas las potencias su invitación en la sospecha de que una conducta contraria indicara la existencia de planes ocultos que temieran presentarse a la luz del día. El gobierno inglés no se dejó imponer por esta sospecha, y antes de acceder a la reunión del congreso, pidió explicaciones precisas respecto de las cuestiones que el gobierno francés se proponía presentar en él. Drouyn de Lhuys señaló como las mas importantes la polaca, la danesa, la oriental, la italiana y la romana, y dijo que las conferencias podrían conducir a la resolución del desarme general de las potencias. Se abstuvo, por lo demás, de presentar soluciones concretas, expresando su convicción de

que la reunión de un congreso era el único camino para llegar a una paz duradera.

Recibida esta contestación, declaró lord John Russell en una nota muy cortés pero muy decisiva, fecha 25 de noviembre, que el gobierno inglés no podía participar de las esperanzas del emperador; que congresos generales presuponian guerras prolongadas como la de los treinta años y las napoleónicas de principios de este siglo, pues todo el mundo cansado de matanzas y exhausto de recursos estaba entonces dispuesto a hacer concesiones y sacrificios; pero que en el momento ni la Rusia ni el Austria ni ninguna otra potencia estaría dispuesta a renunciar a ningún territorio sobre el cual tuviera algún derecho, por manera que era de prever que muchos miembros del congreso se retirarían en peores condiciones que aquellas en que se hubieran reunido, por cuya

razon no podia esperarse del tal congreso ninguna resolucion que condujese al desarme. En vista de esta negativa de Inglaterra, ninguna importancia tenia que la mayor parte de las cortes accediera sin reserva á la proposicion del emperador, ni que otras pidieran la exposicion previa de un programa ó como las cortes alemanas hicieran depender su decision de una resolucion común de la dieta. Drouyn en vista de esto quiso demostrar en un despacho circular del 8 de diciembre que creía útil y posible la reunion de un congreso aun sin la participacion de Inglaterra; pero añadió para disimular su retirada que, en atencion á haber variado las circunstancias, seria evidentemente necesario entenderse primero por la via diplomática sobre las cuestiones que debieran someterse al congreso. Los sucesos le facilitaron la retirada hasta el punto de que pudo abandonar el proyecto sin llamar la atencion, y aun dar á su emperador, en vista de los sucesos belicosos con que comenzó el nuevo año, la pequeña satisfaccion de atribuir la culpa del fracaso á los que no se habian agregado á la idea del congreso que hubiera establecido la paz.

Estos nuevos sucesos belicosos fueron producidos por la cuestion del Schleswig-Holstein, originada súbitamente por la muerte del rey Federico VII de Dinamarca, que ocurrió el 15 de noviembre de 1863. Esta cuestion que en los diez años anteriores habia quedado en realidad pendiente, solo habia ocupado al mundo político vivamente desde el año 1858 cuando el consejo federal con sus amenazas consiguió que se anulara la constitucion general de la monarquía dinamarquesa del año 1855 en cuanto esta constitucion se referia al Holstein. Este triunfo puramente negativo de la causa alemana no hizo dar un paso á la solucion de la contienda enredada, pues el gobierno de Copenhague, con su tenacidad acostumbrada, no renunció á su plan de incorporacion y esperó una ocasion favorable para volver á emprender la ofensiva. No obstante, abandonó su idea de una monarquía completamente unificada, consintiendo en conceder al Holstein una constitucion separada con tal que el Schleswig quedara en cambio estrechamente unido al resto de la monarquía. El ministerio prusiano, en el cual el conde de Bernstorff tenia la cartera de Negocios extranjeros, no reconoció en estas medidas ninguna satisfaccion dada á las reclamaciones alemanas, como lo pretendian los dinamarqueses, y pidió en 5 de diciembre de 1861 explicaciones sobre las intenciones ulteriores de Dinamarca. Tampoco aceptó que el Holstein fuese considerado como parte separada de la monarquía dinamarquesa, á la cual debiera quedar reunido el Schleswig, y al mismo tiempo protestó contra la persecucion persistente del elemento alemán al Norte del Eider, en la cual veía una violacion de las promesas del 29 de enero de 1852. El gobierno dinamarqués creyó que podia no hacer caso de esta protesta, porque confiaba en la desunion y debilidad de la confederacion alemana, y en último extremo esperaba el apoyo de Suecia y de Rusia, y hasta de Inglaterra y Francia. Sin embargo, fué para aquel gobierno una advertencia de que no debia hacerse ilusiones demasiado lisonjeras la proposicion que en setiembre de 1862 hizo lord John Russell de anular la constitucion general de la monarquía dinamarquesa de 1855 y establecer la administracion y legislacion separadas del reino y de los ducados con un presupuesto decenal para hacer frente á los gastos comunes y permanentes. El gobierno dinamarqués rechazó esta proposicion con la mayor decision, diciendo que equivalia á una desmembracion de la monarquía, y no admitió tampoco los consejos de Rusia y Francia en favor de la proposicion inglesa, de suerte que el rey anunció en un decreto del 30 de marzo de 1863 la resolucion de que el Schleswig quedaria definitivamente unido

á Dinamarca y se daría al Holstein una administracion separada que satisficiera en cuanto fuese posible las exigencias de la confederacion alemana.

Este paso atrevido no aumentó por cierto la disposicion favorable de las grandes potencias no alemanas hácia Dinamarca; además la Rusia se hallaba justamente en aquellas semanas muy ocupada con la sublevacion polaca, y por lo mismo muy interesada en no contrariar á la Prusia, mientras Napoleon habia considerado siempre en su interior la cuestion de Dinamarca en un sentido muy desfavorable al gobierno dinamarqués. La union de una poblacion alemana con la monarquía dinamarquesa contra su voluntad era contraria al principio de las nacionalidades, y al mismo tiempo la union del Holstein, y en caso necesario la de la parte meridional del Schleswig á la Prusia, pareció á Napoleon uno de los medios mas naturales de engrandecer á esta última potencia, á fin de que hiciera á la Francia concesiones territoriales por la parte del Rhin. En este sentido se habia explicado repetidas veces en conversaciones confidenciales, dejando entrever además la idea de la union escandinava con la agregacion de la Suecia y la Noruega á la Dinamarca. No tenia Napoleon ningun interés particular en el pequeño reino del Norte, y por lo mismo constituía en su opinion la víctima que debía ser sacrificada en un caso dado á planes mas grandes; y mientras viera la posibilidad de entenderse con la Prusia, estaba muy lejos de disgustar á ésta y de servir á la Dinamarca.

Una guerra entre la Prusia y la Rusia por una parte y las demás grandes potencias por otra, habria podido dejar al gobierno de Dinamarca las manos libres; pero este peligro desapareció apenas se hubo presentado. A pesar de esto el gobierno dinamarqués no retrocedió en su empeño. Ni las protestas que presentaron Prusia y Austria á mediados de abril de 1863 contra el decreto del 30 de marzo, ni la amenaza de repetir la ejecucion federal anunciada por la Dieta de Francfort en 9 de julio produjeron el menor efecto, y el presidente del ministerio dinamarqués, Hall, declaró con la mayor confianza en 3 de setiembre que tenia muy buenos motivos para creer que la Dinamarca no se veria reducida á sus propios recursos y en caso de estallar la lucha se resolverian en ella no solamente la suerte de Dinamarca sino tambien la de los intereses mas sagrados de todo el Norte. Con esto aludía evidentemente al auxilio de Suecia, conforme lo demostraron las visitas que se hicieron los soberanos de Suecia y de Dinamarca y las negociaciones entabladas entonces en Copenhague entre el presidente del ministerio dinamarqués, Hall, y el embajador sueco Manderstrom. De esta manera se fueron complicando las cosas; la Dieta decidió en 1.º de octubre proceder á la ejecucion y al propio tiempo el gobierno dinamarqués presentó el proyecto de una constitucion para Dinamarca y el Schleswig, que fué aprobado en 13 de noviembre por 41 votos contra 16; pero la muerte del rey Federico VII, ocurrida dos dias despues en Glucksburg en el Schleswig, le impidió firmar esta constitucion, con lo cual la situacion política tomó un aspecto enteramente nuevo.

Desde el punto de vista de la nacion alemana se trató entonces de si debía realizarse ó no lo convenido respecto de la sucesion en el protocolo de Londres de 1852, es decir: si el nuevo rey de Dinamarca Cristian IX debía suceder tambien en los ducados de Schleswig-Holstein ó si en estos últimos entraria á gobernar la línea de Augustenburgo. Considerándose las dos grandes potencias alemanas comprometidas en el citado protocolo, basaron su política exclusivamente en la suposicion de que Cristian IX firmaria la nueva constitucion; pero surgió un conflicto grave entre ellas y la

mayoría de los demás gobiernos federales, los cuales conformes con la opinion pública pidieron el reconocimiento de Federico de Augustenburgo como duque de Holstein. Además de este conflicto, amenazaba tambien otro europeo, y el lenguaje de Napoleon era tan cauto y reservado, que habia que contar con toda clase de contingencias. Aseguró sus simpatías al príncipe hereditario de Holstein, Federico, diciéndole que para él no habia cosa mas digna y honrosa que apoyar la independencia y nacionalidad de un pueblo; pero añadió que las grandes potencias se encontraban atadas por el protocolo de Londres y que si bien se habria podido dar solucion á todas las dificultades en un congreso, no se habia logrado reunirlo porque la Inglaterra habia negado su participacion en él. Era ciertamente lamentable, dijo, que la confederacion no hubiera sido consultada respecto de los derechos de los ducados; pero si se obligara á la Dinamarca contra su voluntad por las potencias vecinas á una nueva solucion, la opinion pública en Francia se pondria del lado de Dinamarca. El emperador expresó finalmente el deseo de que la confederacion examinara por lo pronto la cuestion de sucesion y sometiera despues el resultado á la decision de las potencias firmantes del protocolo de Londres. Estas expresiones se conciliaban muy mal con las promesas secretas con que Napoleon trataba de atraerse al gabinete de Berlín, diciendo al conde de Goltz en 23 de noviembre que deseaba entenderse con la Prusia sobre otras cosas mas graves; que la Prusia se hallaba rodeada de pequeños Estados que impedian su accion y no aumentaban su poder. A esto añadió Drouyn de Lhuys que en lugar de hacer del Schleswig-Holstein un ducado independiente seria mejor agregar á la Prusia las partes alemanas de estos ducados y abandonar el Schleswig septentrional á los dinamarqueses ó mejor dicho á una union escandinava. La Francia no pretendia como compensacion sino los buenos servicios de la Prusia en otras cuestiones, ó como dijo Napoleon al dia siguiente en una conversacion confidencial, la formacion de una alianza.

Evidentemente el emperador meditaba planes de muchísima trascendencia, cuya víctima solo podia ser el Austria y cuya realizacion habria necesitado una guerra europea. A entrar en tales planes no estaba de ningun modo inclinado el rey de Prusia, que no tenia además ninguna confianza en el emperador. Por eso le pareció muy extraño que su embajador hubiese entrado sin autorizacion en la idea de una alianza con Francia (1). Menos ambigua pero mas amenazadora fué la actitud de Inglaterra. Lord John Russell escribió en 24 de diciembre al embajador inglés en Berlín que no podia prometer la neutralidad de Inglaterra si tropas alemanas entraban en el Schleswig, y propuso una conferencia de las potencias firmantes del protocolo de 1852, con la admision de un representante de la confederacion alemana, lo cual era en su opinion el único camino de evitar una guerra europea. Esta idea, sin embargo, no encontró aceptacion en ninguna parte; Napoleon no la rechazó del todo, pero no quiso que la conferencia se reuniera en Paris, y Drouyn de Lhuys instó á la dieta directamente á no admitir la conferencia, calificando de ineficaz, en un despacho que dirigió el 7 de enero de 1864 á los gobiernos alemanes, el protocolo de Londres y dando particular importancia á la necesidad de que la conferencia propuesta no se pusiera en conflicto con el consejo federal.

La ruptura de las dos grandes potencias alemanas con la Dinamarca y la entrada de sus tropas en el Schleswig, hizo que se arrinconara por algun tiempo el proyecto de confe-

rencia. La amenaza de Inglaterra de echar mano á las armas en defensa de la monarquía dinamarquesa era solo condicional, y perdió todavía mas fuerza cuando Drouyn de Lhuys rechazó rotundamente en su nota del 28 de enero de 1864 la solicitud de conceder auxilio material á la Dinamarca en su resistencia á la desmembracion. Decia el citado ministro en este documento que el emperador reconocia perfectamente la importancia del tratado de Londres, pero que tambien comprendia que las circunstancias pudieran reclamar una modificacion del mismo tratado; que, acostumbrado á atender á los deseos de las nacionalidades, debia rechazar todos los medios que pudieran obligarle á oponerse con las armas á los deseos de Alemania, que consistian en realizar una union mas estrecha con los alemanes del Schleswig-Holstein; que una guerra entre Alemania y Francia seria la mas funesta y arriesgada que podria emprender el imperio; que además el emperador tenia presente la desconfianza que se habia extendido respecto de sus pretendidos planes sobre la frontera del Rhin, y que si á la sazón comenzara allí una guerra, adquiririan mayor fuerza estas acusaciones infundadas é injustificadas, por cuya razon preferia conservar su completa libertad de accion, y solo si llegara á ser amenazado seriamente el equilibrio europeo, tomaria nuevas disposiciones en el interés de Francia y de Europa.

Este último giro del despacho daba á conocer claramente que no era el desinterés lo que movia al emperador al tomar esta actitud favorable á Alemania, pero esto no invalidó el efecto que debió de producir el despacho. Verdad es que no faltaban influencias en las Tullerías que impulsaban al emperador á la guerra, pero Napoleon las rechazó diciendo á sus ministros que un ataque al Rhin seria el mejor medio de realizar la union alemana (2). Si hubiera podido contar positivamente con que la Inglaterra tomara parte enérgica en la guerra y no se opusiera á un gran aumento territorial de Francia, es seguro que no habria retrocedido entonces ante una política guerrera; pero preguntando como lo hizo á Drouyn de Lhuys con tono dudoso: «¿Nos prestaria la Inglaterra su apoyo ilimitado? ¿Consentiria la Inglaterra que la Francia obtuviera en semejante guerra ventajas que correspondieran á los grandes sacrificios que tendria que hacer?» dió ya á conocer que esperaba una contestacion negativa.

Muy favorable á la Dinamarca y aun belicosa era la opinion pública en Inglaterra; pero al mismo tiempo no se hallaba dispuesta á reconocer anexiones francesas, y á esto se agregaba la actitud en favor de Alemania de la reina Victoria. Esta declaró resueltamente que no iria contra la Prusia (3), y aun á principios de febrero habia llamado á un ministerio tory si éste hubiese querido adoptar una política diferente de los whigs; pero lord Derby prefirió no aceptar el encargo de la reina de formar ministerio y solo prometió limitar su actividad en sentido pacífico. Esto bastó para paralizar la energía del ministerio, de manera que el gobierno inglés ni siquiera intentó separar á la Prusia de la guerra por medio de un *ultimatum*.

En vista de los triunfos militares de las armas alemanas en febrero, volvieron á encontrar buena acogida las proposiciones de conferencia en Inglaterra; pero solo á fines de marzo se llegó á una inteligencia vaga, encargándose á la conferencia que buscara los medios de restituir al Norte de Europa las bendiciones de la paz. En las discusiones á que esto dió origen presentó la Francia por primera vez la pro-

(2) Randon, tomo II, pág. 91.

(3) Lady Bloomfield: *Reminiscences*, tomo II, pág. 130; Beust, tomo I, pág. 360; Vitzthum de Eckstadt, San Petersburgo y Londres, tomo II, pág. 316.

(1) Véase la obra alemana de Sybel: *La fundacion del imperio alemán*, tomo III, págs. 167 y siguientes.